

Cosas malas le suceden a la gente buena

Antonio Villarroel



Capítulo 1

Cosas malas suceden a gente buena:

Conocí a un hombre que era la demostración de que la respuesta a lo inexplicable pasa tranquilamente disfrazada con una sonrisa.

Con un autodominio ciego, profundo como una fosa, que no llega a parecer sombría, si no que te hace sentir que un conejito afelpado surgirá dentro de esa profunda naturaleza.

Entonces, resulta inexplicable, incluso en conocimiento de esa personalidad mansa y por lo tanto sabia, pues hay buen humor donde debería haber ira de locura incipiente.

Un desvío infalible de las tentaciones de la mente fogosa, volátil. Algo que me gustaba ver era su sonrisa, no deteniéndome en los dientes amarilleados por los cincuenta... cincuenta y cinco años de edad de este señor -El cabello blanco confunde- o las comisuras tensas y los bigotes grises de alma oscura; sería esto desagradable y poco masculino.

Si no que observaba el contexto, la certeza de que una sonrisa siempre es gentil, y siempre al saludarlo se portaba con la mayor gentileza, a pesar de su esposa.

Era dicharachero, indulgente, sereno, había algo paternal en él. Por el contrario, su mujer, ah que mujer, era pálida como el hijo, unos dos años más grande que yo. De gesto ardiente, compungido, mojigato, se elevaba sobre los demás, no dejaba la lengua quieta, para ser tan mordaz como su mirada y viceversa; se complementaban.

No le importaba herir los sentimientos de nadie, ni porque fuera el hombre más bueno del mundo, a excepción de su esposo, nunca la vi intentar desafiar su bondad, o fingir un donaire presumido frente a su marido, al contrario, con sumo respeto, después de desatarse, luego lo miraba a él, con la boca roja de carmín abierta en una agría observación para mirarse a sí misma, y reflexionar.

No le importaba reprender con la tosquedad de la educación sin ética a cualquier niño travieso.

Varias veces me sentí rebajado ante su indiferencia, pues así se portaba frente a mis saludos, indiferencia aunque parezca paradójico, inquisitiva, pero solo duraba unos segundos, lo que todavía lo sitúa en la indiferencia, demostrándome desde esa vista la poca personalidad que he tenido.

En fin, no me importaba, era mejor que ser su enemigo, como un sujeto de la misma iglesia, con trazas de taimado y parlanchín, un bufón amanerado, casado con una mujercita que alguna vez me pregunto cuando yo era niño, si "¿tú no eres normal?", solo porque la tropecé sin querer en una ocasión, fue la única vez que la vi directo a los ojos y hablamos, pensaba que eran una pareja de presumidos.

Era todo un pavorreal, solo porque había estudiado medicina, pero qué, se especializa en la rama de los dientes, era muy engreído, y lo disimulaba muy bien, dándonos un gesto de vez en cuando humilde, y una falsa modestia doblemente falsa. Varias ocasiones los demás nos erizábamos, al ver que estos dos iban a hablar entre sí. Eran dos mujeres, o bien dos hombres cuando "contendían" exaltando la voz, nunca un hombre y una mujer. Si la mujer se sentía coqueta y a partir de eso quería herir desde la femineidad, el otro suspiraba, cavilaba como enamorado dando una respuesta graciosa y mujeril, o por el contrario la mujer se hacía la ruda, hablando de su infancia dura, y poniéndose dictatorial al para su dolor pero significando el medio para el fin, revelar un poco las diferencias de edades de entrambos.

-No, el tango es argentino, y el pasodoble español- Y hacia mohín de bailar, le gustaba el pasodoble, y cuando lo demostraba pensabas, "vaya le gusta el pasodoble, que raro", como decir que tiene una personalidad no solo dedicada a un descontento con la sociedad de su alrededor, la mayoría de las personas así, quieren con su trato dar clase de cómo debería ser el mundo, reprueban y reprueban, pero de manera mental, lo único que se atisba es un gesto frustrado, y una malvada ironía.

Siempre me pregunté, como es que personalidades tan opuestas habían convivido tantos años, él tan feliz, ella tan... Bueno era su esposa, en algún momento en sus intimidades se le habría contagiado la buena vibra de su esposo, el padre de sus hijos, hijos de personalidades ambiguas, risa y luego seriedad, chiste y luego parquedad, consuelo y luego castigo de la ironía, en fin, cómo era posible.

Un domingo se lo pregunté, escalando sobre la confianza que teníamos, mejor dicho escalando sobre mi timidez, el hecho de aquel consorcio, aquella unidad ying-yangniana, sin puntos complementarios.

Me respondió simplemente.- Las cosas malas le suceden a la gente buena. Luego de eso lo vi subirse a la tarima, a hablar desde el atril, era aquel orador quien interpretaba así las escrituras. Que buen ejemplo, que mártir, que protagonismo, que buena imitación de los evangelios.